

¡UN AGUA INCREÍBLEMENTE VIVA!

Hoy en día, muchos sabemos muy poco o nada sobre lo que es un pozo y su importancia para los habitantes de un pueblo. Hace unos años, me sorprendió escuchar a unas mujeres que llegaban al pozo de la comunidad, de madrugada, a las 4.30, para sacar agua para sus familias. Algunas caminaban durante largas horas, llevando sobre la cabeza una jarra llena de agua, ese bien tanpreciado y esencial para su vida y la de sus familias. Fue allí, por primera vez, donde realmente tomé conciencia del precioso don del «agua viva».



El evangelio de este domingo (Jn 4,7) nos presenta a un Jesús cansado por el camino y abrumado por el calor del día. Llega a un pueblo de Samaria y se sienta junto a un pozo mientras sus discípulos van a buscar comida. A pesar de la hora inusual para venir a sacar agua —la más calurosa del día—, llega una mujer con su jarra. Jesús le dice:

«Dame de beber».

No es de extrañar que Jesús salude a esta mujer «pidiéndole de beber», ya que tiene sed. Pero el evangelista Juan nos invita a ir más allá de esta primera impresión para descubrir otro significado en las palabras que Jesús le dirige.

Cuando Jesús dice: «Dame de beber», también se dirige a nosotras, y debemos escucharlo con el corazón... Jesús quiere darnos a conocer una realidad aún más profunda. A cada una nos dice: «Tengo sed de ti»... Yo diría que es «una declaración de amor». Nos ruega que lo escuchemos:

«Si supieras cuánto te deseo, cuánto deseo encontrarte, vivir contigo, entrelazar mi vida con la tuya. Si supieras cuánto te amo y cuánto deseo hacerte feliz...». Dios quiere sentarse en el pozo de nuestro ser y saciar su sed de amor... Eso es lo que debemos descubrir con una mirada nueva. De ahí parte la gran aventura de nuestro encuentro con Dios: ¡la toma de conciencia de que Dios nos ama tanto! ¿Lo creemos?



Pero Jesús va aún más lejos con una segunda frase:

*«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber",
tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva».*

Al expresar su sed, Jesús nos invita a expresar la nuestra, a sentirla para buscar la fuente de agua viva. ¿De qué tengo realmente sed en mi vida? Al igual que con la samaritana, Jesús viene a nosotras en nuestra sed, en todos los aspectos de nuestra vida en los que más le necesitamos. Él conoce estos aspectos de nuestro ser incluso antes de que digamos una palabra. Él conoce nuestra sed y está deseando saciarla. Él vino a quitar nuestro pecado, esos lugares de sequedad de nuestra existencia, y a saciar nuestra sed con el agua que brota y nos hace florecer de nuevo en la vida... ¡en la vida eterna!

«Si conocieras el don de Dios...». Jesús tiene un regalo para nosotras, un regalo inestimable, un regalo más allá de todo lo que podemos soñar...

Como esas mujeres que vienen temprano a sacar el agua que da vida a toda su familia, esta semana, levántate, acércate a Jesús, exprésale tu sed y déjate saciar por su amor.

***Hna. Louise Madore, Hdls
Provincia de Canadá***